

que eleva hasta las nubes la gloria de la Hermana y de la Madre del género humano, nos fué dado contemplar uno de los más vastos panoramas de Italia: el de una ciudad regada por dos ríos, el Tessino y el Adda majestuosamente asentada en el centro de una inmensa llanura esmaltada de poblaciones, aldeas y vilas suntuosas, cortada por mil canales que añaden la fertilidad y la gracia á los trabajos de un inteligente cultivo, y terminada por las cimas llenas de nieve de los Alpes y del Apenino. ¿En dónde encontrar un mirador más favorable para contemplar el panorama histórico de la ciudad milanesa? Mirad; vienen sucesivamente desde lo alto de los Alpes y del fondo de la llanura, tirándose unos á otros, los Galos, los Romanos, los Godos, los Hunos, los Lombardos, los Franceses, los Españoles y otros veinte pueblos que se disputan la posesión de aquella tierra prometida. La victoria queda por los Romanos; Milan llega á ser la morada de algunos de los señores del mundo. Otros se complacen en dejar allí monumentos de su poder. Aquellas diez y seis columnas que admirais cerca de la iglesia de San Lorenzo provienen de las Térmicas suntuosas levantadas por Maximiano, el gran perseguidor del cristianismo.

Pero hé aquí otros muy diferentes conquistadores. No se trata ya de la posesión de la tierra y del dominio de los cuerpos, sino del imperio de las almas. El amigo de San Pablo, aquel á quien los habitantes de Lystra tomaban por Júpiter mismo, San Bernabé, llega á Milan. Toma en prendas á la ciudad, para su divino Maestro, y vuela á nuevas conquistas. Perpétua, dama romana, esposa de un oficial de Neron, ha educado en la fe á su hijo, el joven Nazario. Parte para Milan, continúa la obra de Bernabé, asocia en sus trabajos á Celso, joven de la ciudad, to-

do lo que hay de más débil contra lo que hay de más fuerte! La sangre de los jóvenes mártires, exprimida de sus venas por horribles tormentos, cimentará las fundaciones de la iglesia de Milan, cuyas paredes se compondrán de sangre y huesos de los ilustres mártires Fausto, Calimeno, Nabor y Félix, Gervasio y Protasio, la cual tendrá por llave de la bóveda á San Ambrosio por columnas á treinta y tres obispos inscritos en el catálogo de los santos, por hijo á Agustín, el doctor de los doctores, y por restaurador á San Carlos, el Atanasio del siglo decimosexto.

Tantas victorias debían ser recompensadas por un glorioso triunfo. Neron, Antonino, Cómodo, Aureliano, Maximiano, han embotado su hacha contra los mártires milaneses; ha caído después de sus manos impotentes, y en las manos de sus sucesores, reunidos en el anfiteatro mismo del combate, ved la pluma que firma el tratado de paz y declara al mundo vencido por la Cruz. ¡Salud, iglesia de Milan! hé aquí la página más solemne de tu historia. A principios del año 313 dos emperadores romanos, Constantino y Licinio, llegan á Milan. El imperio tiene los ojos fijos en sus pasos; espera con ansiedad el resultado de sus secretas deliberaciones. Por fin, pocos días antes de las calendas de Abril, hácia la época en que Cristo salió glorioso del sepulcro, aparece un edicto que anuncia el fin de la lucha tres veces secular del paganismo contra el cristianismo, que permite á la Esposa del Hombre-Dios salir de las tenebrosas galerías de las catacumbas; la concede plena libertad de ejercer á toda luz su culto majestuoso y su bienhechora misión, ordenando, además, sin exigir ningún rescate, que la sean devueltos todos los bienes que la persecución la ha quitado. 1

1 Euseb. Hist. lib. 10, c. 5. Bur. an. 313, t. III, p. 74, n. 1-8.

La espada imperial no hará ya más mártires; pero la heregía hará apóstatas. Milan llega á ser teatro de una nueva lucha. Auxencio es vencido por San Ambrosio; la verdad que alcanza un nuevo triunfo prepara los de la virtud. Para no citar más que uno solo, ¿de quién fué el pensamiento creador de esta montaña de mármol, de esta iglesia maravillosa en cuya cima estamos sentados? ¿qué recuerdo repite á las generaciones que la contemplan? En el siglo decimocuarto vivía en Milan uno de esos hombres de hierro como los que en el tiempo contaba la Europa á millares. Galeas Visconti, duque de Milan, se había apoderado á traición de la persona de su tío y del patrimonio de sus primos. Pero los remordimientos vivían en su alma codiciosa, como él vivía en el corazón de la sociedad contemporánea. Como expiación de su doble crimen, mandó edificar dos magníficas iglesias en honor de María, á quien todos los siglos llaman *Refugio de los pecadores*. Estas dos maravillas son la Catedral de Milan y la Cartuja de Pavia. El príncipe penitente dió además sumas considerables, un sitio de mármol blanco de una pureza admirable; este sitio es el de Candoglia, cerca del lago Mayor.

Después de este golpe de vista en conjunto, bajamos de la catedral para comenzar la visita detallada de la ciudad. La sacristía de la iglesia de San Sático, en forma de pequeño templo octagonal, ofrece á la admiración del artista su arquitectura del Bramante y sus esculturas grandiosas del Caradosso. Atrae también al peregrino católico por su madona milagrosa del siglo undécimo. Esta imagen de la Santísima Virgen es una de las más venerables de la Italia. En el pórtico de San Nazario, vimos los ocho sarcófagos de la familia Trivulce. Singular espectáculo el de aquellos ataúdes de piedra sus-

pendidos encima de vuestra cabeza! Se detiene cualquiera conmovido y silencioso ante el de Juan Jacobo Trivulce, el célebre mariscal, creador de la milicia francesa y el brazo derecho de Luis XII. Su carácter parece pintado en el epitafio que él mismo hizo para sí: *Joannes Jacobus Trivultius, Antonii filius, qui nunquam quievit, quiescit. Tace. Juan "Jacobo Trivulcio, hijo de Antonio, que jamás descansó, descansa aquí. Silencio."* San Nazario, fundado en 382, recuerda una gloria muy superior á la de los conquistadores. Los altares, los muros del antiguo santuario, repiten todavía los nombres inmortales de los gloriosos mártires de Milan, Santos Nazario y Celso, y del gran apóstol de la ciudad, San Ambrosio, que vino hace quince siglos á depositar sus reliquias en este venerable santuario.

En la iglesia de San Lorenzo, reedificada por San Carlos, se admira el genio tan atrevido y tan fecundo de los arquitectos italianos. No se trata ya de cruz latina, de cruz griega, ni aun de rotunda; hé aquí un edificio octagonal del cual cuatro lados dispuestos en medios cuartos de círculo presentan en su parte honda dos hileras de columnas una sobre otra que sirven de galerías giratorias. Los otros lados en línea recta no tienen más que un solo rango de columnas, pero estas columnas tienen dos veces la altura de las primeras y sostienen la cúpula. Muchos cuadros distinguidos de Hércules Procaccini, de Aurelio Luini y de Vimercati añaden sus gracias brillantes á las formas extraordinarias del edificio.

Si la iglesia de San Lorenzo es una de las más curiosas de Milan por su arquitectura, la de San Alejandro es tal vez una de las más notables por sus riquezas. En la bóveda y en las diferentes partes de aquel templo magnífico brillan las excelentes pinturas de Federico Biancchi, de Fe-

lipe Abbiati, de *San Agostino*, de las cuales algunas presentan los principales rasgos del Antiguo Testamento y de la vida del glorioso titular. El altar mayor resplandece bajo su rico adorno de lapislázuli, de jaspes, de ágatas orientales y otras piedras preciosas.

San Eustorgio tiene con que satisfacer al arqueólogo y al cristiano. Al primero le presenta dos monumentos notables, el púlpito y el sepulcro de San Pedro mártir. Es interesante ver cuál era la forma de nuestras cátedras cristianas en la Edad Média y conocer á los pueblos que permanecieron fieles á las formas primitivas del arte y á los que se alejaron de ellas. Los ambores, las tribunas de los primeros tiempos fueron reemplazadas por púlpitos. En Suiza y en Italia el púlpito actual ó el *palco* es una especie de estrado ó de tribuna oblonga en la cual el predicador puede ir y venir y conservar la libertad de movimiento, la gracia y la dignidad del porte que conviene al orador. Así eran también los púlpitos de la Edad Média.

La de San Pedro mártir forma una especie de gran tribuna de piedra, desde donde el elocuente dominico podía, yendo de un extremo á otro, hacer oír á su inmenso auditorio la defensa de la fe que algún día debía triunfar con susangre. Qué diferencia entre aquella tribuna tan noble, tan cómoda, tan respetable por su forma primitiva y esa caja de abeto suspendida de los pilares en las iglesias, tan mezquina, tan estrecha, tan desprovista á veces de forma y de ornamentación, en la cual el predicador, aprisionado y medio oculto, se encorva y se agita y está condenado á movimientos, sin gracia y sin dignidad. El sepulcro de San Pedro mártir es una obra maestra del arte en el siglo décimocuarto, de aquel arte natural y verdadero porque es profundamente religioso. Es necesario, sobre todo, notar las cariátidas góticas que

representan las virtudes del santo y que sostienen todo el edificio.

¿Pero quién es el santo cuya cátedra es un objeto de veneración, ese santo cuya memoria han consagrado las artes y cuya cabeza constantemente rodeada de piadosos peregrinos descansa en un relicario de oro y de cristal? Este es uno de aquellos hombres poderosos en obras y palabras que salvaron la civilización de la Europa salvando la fe; bienhechores de la humanidad cuyos nombres ha olvidado el materialismo moderno que está gozando los frutos de sus trabajos, pero á quienes el reconocimiento católico sigue invocando y bendiciendo. Mientras en la Italia oriental San Antonio de Pádua pone en fuga por el brillo de sus milagros el error y la tiranía, San Pedro mártir hace palpar bajo los golpes de la gracia victoriosa al resto de la península. Es imposible contar las ovejas que arranca á los grifos del maniqueísmo. Es tal el entusiasmo y la veneración que inspira, que las poblaciones enteras van delante de él con la cruz, el estandarte, las trompetas y los tambores. A menudo se ven obligados á llevarle levantado en una litera, temiendo que sea oprimido por la muchedumbre. Entretanto el odio á los maniqueos iguala al amor á los católicos y se aumenta hasta el punto de que le mandan asesinar entre Como y Milan. Antes de morir reza el santo el *Símbolo* y ruega por sus asesinos. Su oración es oída; su asesino entra en la casa de los Dominicos de Forlì en calidad de hermano convertido y allí expía su crimen derramando lágrimas de la más austera penitencia; ved ahí á la Edad Média. Nosotros estábamos de rodillas delante del sepulcro del mártir seiscientos años después de su muerte, que acaeció el 6 de Abril de 1252.

17 DE ABRIL.

San Ambrosio.—Recuerdos de Teodosio.—Sepulcro de Stilicon.—Mosáico.—Cuerpo de San Ambrosio.—de Santos Gervasio y Protasio.—de Santa Marcelina.—Lecho de San Satiro.—Crucifijo de San Carlos.—Bautisterio.—Recuerdo de San Agustín.—Recuerdos de la peste de Milan.—San Carlos y Calvino.—Rito Ambrosiano.—Escuela de San Ambrosio.—Lazareto.—Monza.—Iglesias.—Pinturas.—Tesoro.—Corona de hierro.—Anécdota.—Seminario de los filósofos.—Vuelta á Milan.

Tuve el consuelo de decir la misa en la crypta donde descansa San Ambrosio con Santos Gervasio y Protasio. Hubiera querido celebrar en el cuerpo mismo del gran doctor, pero un reglamento que se nos enseñó en la sacristía prohíbe celebrar los santos misterios en aquel altar, á no ser que se celebren según el rito ambrosiano. La iglesia de San Ambrosio, cuya fundación se remonta al año 387, es uno de los monumentos más antiguos de la antigüedad cristiana. Antes de entrar, se encuentra el pórtico cuadriforme, que aislando la iglesia del ruido y del tumulto servía de setación á las primeras órdenes penitentes. Hé aquí el umbral sagrado en el cual San Ambrosio detuvo á Teodosio. Estas piedras que veis con vuestros ojos, que pisáis con vuestros pies, han visto al señor del mundo rodeado de todo aquel brillo de la pompa imperial, presentarse en aquella iglesia después de la matanza de Tesalónica. Si ellas pudiesen hablar os repetirían las sublimes palabras que han oído de boca del Pontífice: "Señor; parece que no sentís todavía la enormidad del crimen cometido por vuestras órdenes; que el brillo de la púrpura no os impida reconocer la debilidad de vuestro cuerpo tan magnifi-

camente cubierto. Estais hecho del mismo limo que vuestros súbditos; no hay más que un señor del mundo. ¿Os atreveríais, orando, á levantar hacia él esas manos todavía teñidas con una sangre injustamente derramada? Retiraos, pues, y no vengais á agravar con un nuevo crimen á aquel de que sois culpable.—Pero David pecó, respondió el príncipe excusándose.—Supuesto que le habeis imitado en su pecado, imitadle también en su penitencia." El emperador se sometió y quedó excluido por ocho meses de la participación de los sagrados misterios.

San Ambrosio, deteniendo á Teodosio, San Leon deteniendo á Attila, San Basilio deteniendo á Valencio ¿en dónde encontrar alguna cosa más sublime, más social en los anales de los pueblos? ¿Cosa notable! Aquellos grandes ejemplos de protección del débil contra el fuerte, del derecho contra la injusticia, de la verdad contra el error, no se encuentran en la historia de los sacerdocios paganos, ni en la de las iglesias heréticas ó cismáticas. ¿Solo á la Iglesia católica pertenece exclusivamente el honor de darlos al mundo! Decir la razón de esto sería inútil. Cuando los términos de un problema están puestos tan claramente así, cualquiera puede despejar la incógnita.

Los principales monumentos de la basílica ambrosiana son: la antigua tribuna ó púlpito de mármol blanco, desde la cual veía San Ambrosio al joven Agustín entre sus oyentes más constantes; la famosa serpiente de bronce levantada en medio de la nave, que unos han tomado por Esculapio y otros por la que Moisés levantó en el desierto; el sepulcro de Stilicon y de su mujer Serena. El altar mayor resplandece bajo su famoso *Paliotto* de oro, obra maestra de platería del siglo décimo; y la ábside del coro atrae las miradas hacia su bello mosáico del siglo noveno, su parte superior; el Salvador está sentado en un